



COMENTARIOS

27-VI-1920

CUATRO Y CUATRO NUEVE

El Congreso Socialista ha votado una solución ecléctica para impedir la escisión del partido, pues eclecticismo es votar en favor de la adhesión a la Tercera Internacional «mediante ciertas condiciones».

Ferrari ridiculizó el procedimiento de los eclécticos del siguiente modo:

«Si una escuela afirma que cuatro y cuatro son ocho, y otra afirma que cuatro y cuatro son diez, el eclecticismo resuelve que cuatro y cuatro son nueve.»

Eso es lo que ha hecho el Congreso Socialista, tratando de evitar lo inevitable.

Si las condiciones mediante las cuales se acuerda, por mayoría de votos, adherirse a la Internacional de Moscú no desvirtúan el sentido de ésta, ¿para qué esas condiciones? Y si lo desvirtúan, ¿qué valor puede tener esa adhesión? En esto no caben soluciones armónicas, y el eclecticismo conduce al absurdo de afirmar que cuatro y cuatro son nueve.

La Internacional de Moscú condena en absoluto, según sus definidores y defensores, los procedimientos y la táctica que hasta ahora ha seguido la Segunda Internacional. Sin renunciar a esa táctica y a esos procedimientos, no se puede pertenecer a la Internacional de Moscú.

¿Se ha renunciado a ellos? ¿Renuncian a sus actas los diputados y concejales socialistas? ¿Se retiran de los organismos oficiales de que forman parte? Esto es lo que prescriben los «dogmas» del «leninismo», lo que ordenan los «edictos» de la Internacional de Moscú, según proclaman sus apóstoles y sacerdotes.

¿No se renuncia? Pues queda fuera de la Iglesia leninista el partido socialista obrero español.

No cabe, repetimos, una solución ecléctica. Es una cuestión de «dogmas», de dogma de la religión que tiene ahora por Pontífice o por Soberano espiritual y temporal al zar Lenine.

La fórmula ecléctica con que se ha pretendido impedir la división del partido socialista obrero, no servirá, a nuestro humilde juicio, sino para hacer más honda esa división.

El tiempo dirá si estamos equivocados.

tre los muertos ya consumidos.» De donde se deduce que para Aquiles la mayor desgracia que a un hombre le puede caber sobre la tierra es ser criado de amo pobre. Y así es la verdad. Y los más de los amos en España son amos pobres; más pobres a las veces que aquellos a quienes se dice que dan trabajo. Que al fin estos por no tener nada no suelen tener ni deudas.

Una prueba de la dificultad mayor que entre nosotros se presenta a la implantación de cualquier instituto socialista nos la ofrece lo que pasa en nuestras ciudades con la industria panadera. En ciudades en que, como Salamanca, con dos o tres y aun mejor con una buena tahona bien montada bastaría para abastecerla, se nos da una tropa de pequeños panaderillos, de amos pobres, de industriales de tres al cuarto. Y este es el mayor obstáculo para la municipalización del servicio ese. La comunidad tiene que luchar, no contra burgueses, sino contra casi proletarios. Los más de los dueños de esos pequeños hornos, casi domésticos, de esas miserables tahonas, estarían mejor de obreros en una gran fábrica de panificación. Y donde ésta existe se será a un municipio mucho más fácil hacerse con ella que no hacer una.

No, no hay entre nosotros una burguesía, una verdadera burguesía, que haya organizado y puesto en marcha un régimen capitalista burgués en tales condiciones que la clase obrera no tenga más que hacerse cargo de él. Si en España, por el movimiento general del mundo, adviniera en una u otra forma un régimen «político» más o menos socialista, el proletariado tendría que hacer lo que no ha hecho la burguesía, lo que no ha podido hacer, porque, en rigor, no ha existido.

Decimos un régimen «político» socialista porque no basta una política socialista para crear una economía tal. Aunque a la economía se le suela añadir la de política y se diga economía política, es posible que no se logre crear una economía socialista con una política que sea así. Sin que esto quiera decir, ni mucho menos, que sea necesario instituir un régimen socialista o colectivista o comunista, o como se quiera llamarlo, prescindiendo de la política y del Estado.

Pero, ¿cómo y cuándo ahora en España, parecemos que aquí no puede alcanzarse el mismo sentido que en otras partes eso de la lucha de clases, por la sencilla razón de que aquí apenas si hay clases. Y a los que parecen serlo, a los que para darnos cierta importancia les llamamos así, les une y hermana un mismo sentimiento de pordiosería. El pretendido burgués, el fingido patrono es tan pordiosero como el proletario a quien ocupa.

La enorme tarea es hoy aquí hacer lo que en otras partes hizo la burguesía, el capitalismo. Y a esta es a lo que algunos le llaman problema de producción. ¿Podrá hacerlo una apenas incipiente y más bien hipotética burguesía? No; tal como la lucha se presenta, difícilmente lo podrá hacer. Y no queda más que el Estado. ¿Podrá hacerlo el Estado? ¿Podrá hacerlo este gran Hospicio de pordioseros, que es el Estado español?

Miguel de UNAMUNO.

